

—Pues llévalo allí.

Y cuando ya nos alejábamos dijo en alta voz:

—Vá incomunicado.

Subimos, y fui encerrado en el segundo cuarto de la derecha, al principio de una estrecha galería. Mi nuevo cuarto era oscuro, sucio, indecente, pero espacioso, Recibía luz por una alta ventana llena de rejas de fierro.

No había ni un mueble y empecé á dar vueltas.

Ahora verá el lector cómo supe luego que estaba en medio de dos vecinos importantes. A mi izquierda Maclovio Escalante. A mi derecha el Cristalito.

CAPITULO XL.

ENTRE SCILA Y CARIBDIS.

Probablemente mis vecinos de los calabozos que tenía al lado, sintieron que se había abierto la puerta dando entrada á uno de sus compañeros de cuenta con quien podían entenderse, porque empezaron á dar golpecitos en las paredes divisorias. Al principio no tuve humor de fijarme en esto, pero como observé que asomaba la punta de una bayoneta por un agujerito, practicado cerca del piso en el calabozo de la izquierda, me agaché á ver lo que aquello significaba, el instrumento introducido se retiró y me encontré con un ojo asomado al otro lado.

—Yo soy, me dijo aquel preso que estaba pegado al agujero, Maclovio Escalante, para servirlo.

—¡Ah! exclamé recordando que aquel nombre no me era desconocido.

—Y ahora en la mañana, agregó, salió de ese cuarto Chucho el Roto, que se lo llevaron para Veracruz.

—Aquí estaba ese? iba á decir ladron, pero me contuve por respeto á mi interlocutor.

—Sí, y en el que sigue, que tambien está comunicado por un agujero como este, se encuentra el Cristalito. Ya era tiempo de que nos separaran, porque los tres teniamos un plan para escaparnos. ¿Quién es vd?

—Yo? Soy otro desgraciado como vds., pero con quien no pueden ni deben contar para nada. Gracias por los informes y adios.

Me retiré de allí y no volví á entrar en conversacion con Maclovio Escalante ni con el Cristalito, por mas que me daban golpecitos y me hacian instancias para que les sirviera de intermediario.

En el resto de la mañana, llegaron mi almuerzo y mis muebles, compuestos éstos de una cama, una mesa, dos sillas, y una pequeña cómoda, que en el registro fué aligerada de todo aquello que estaba prohibido ó consideraban sospechoso. Tambien allí habia prevenciones para no dejarme escribir, y lo primero que estrajeron fué lo de escritorio.

El calabozo, aun con los mueblecillos aquellos, presentaba un aspecto indecentísimo. Pintado de negro hasta la mitad de la pared, todo estaba cubierto de figuras grabadas con la punta de algun clavo ó cualquier otro instrumento, representando escenas repugnantísimas. No habia insolencia ni frase inmundada y obscena, que no estuviera escrita en aquella pared, que ademas tenia mil grietas apretadas de chinches. Recibia la luz por una estrecha ventana muy elevada y cubierta de fuertes rejas. Con todo y eso tenia luz y

aire, pareciéndome el cielo en comparacion del calabozo de la Diputacion que acababa de dejar.

Siempre ignoré el objeto á que habia obedecido semejante cambio, pues como no habia sido acusado ni se me formaba causa, me encontraba completamente y de un modo gubernativo, sujeto al gobernador que era el que disponia de mi suerte. Eso era lo ostensible, en realidad parece que quien comunicaba las órdenes respecto de mí, era el mismo Presidente de la República.

Los tres primeros dias fueron horrorosos en aquel encierro en que no me comunicaba con nadie. Los facinerosos que tenia á mi lado, cansados de hacer esfuerzos para que les hablara sin conseguirlo, no volvieron á intentarlo y la lectura me fatigaba, así es, que dividía mi tiempo paseándome por el aposento, durmiendo y escribiendo. Quise escribir una comedia sobre la situacion, pero me faltaba completamente el humor, me sentía enfermo y abandoné ese trabajo. No obstante, no dejé de escribir todo lo que se publicaba en el *Padre Cobos* y de dar los asuntos para las caricaturas, operaciones que no me ocupaban más de tres horas en dos dias de cada semana.

Mi familia obtuvo con grandes dificultades un permiso escrito para visitarme, y como en esos dias entró á ocupar el puesto de alcaide el Sr. Trujillo, con quien yo tenia de antemano buenas relaciones, éste se excedia haciéndome favores que consistian en prestarme su vivienda que estaba muy aseada en el departamento opuesto al que yo ocupaba, en donde tuve ocasion de pasarme con los míos ó toda una mañana ó toda una

tarde, y á veces los dias enteros. Se supo esto porque tambien en las cárceles hay espías y Trujillo fué luego sustituido por un Sr. Bernal, que me trató igualmente con algunas consideraciones. No estuve con él tan á mis anchas, porque sabia que le iba el empleo de por medio; pero me permitió tomar un baño, se hizo disimulado dejando mi pieza abierta mientras se hacia el aseo general de toda la prision, que duraba una parte de la mañana, para que pudiera visitar á otros presos políticos que empezaban á caer con abundancia y me dejaba recibir á algunos amigos en la alcaidía que se acompañaban con las personas de mi familia.

Especialmente el celador de los calabozos de aquel departamento en que estábamos esparcidos los presos políticos, nos prestó algunos de esos pequeños servicios que no se olvidan nunca en semejante situacion.

Los presos políticos eran once ó doce y entre ellos estaban el general Tellez Giron, los coroneles García Miravete y Delgado Camacho, lo mismo que algunos otros de muy poca importancia. Ninguno soportaba sobre sí la menor inculpacion, ni á ninguno se le instruia proceso, estando todos como yo á disposicion del gobierno del Distrito. Jamás he podido explicarme estos procedimientos ni el origen de todas aquellas prisiones motivadas por vagas denuncias de los agentes secretos de la policía. Es cierto que éstos podian dar informes desfavorables y designar á los que les parecian sospechosos; pero en todo caso la autoridad estaba obligada á exigirles algunas pruebas y en último caso á esclarecer la conducta de los aprehendidos

por medio de cualquiera averiguacion. Yo sabia muy bien que estaba allí porque no querian que escribiera, una vez que la vigilancia que se estableció sobre mi persona estaba reducida á impedirme tener objetos de escritorio, que entónces con la privacion los tuve en mayor abundancia; pero respecto de los demás, no habia ni el menor indicio de culpabilidad, y lo menos seis de los detenidos eran sujetos muy poco temibles y completamente inútiles para la conspiracion. La desgracia, no obstante, nos ligaba á todos con estrechos lazos, perteneciamos en deseo y en corazon á la misma bandería política y pronto llegamos á tratarnos todos como hermanos, á pesar de que no podiamos comunicarnos más que durante dos ó tres horas de la mañana, que nosotros prolongábamos siempre que podiamos. A veces se quedaban abiertas como por descuido las puertas de nuestras jaulas por las tardes, pero nunca estábamos fuera de ellas despues de las cinco, hora en que se nos encerraba corriéndose todos los cerrojos. Los demás estaban dos ó tres juntos, de manera que procuraban pasar las noches entretenidos, leyendo, conversando ó jugando. Yo era el único que, como mas culpable ó mas castigado, me encontraba completamente solo en mi calabozo, lo cual á veces no dejaba de serme placentero porque podia entregarme con mas tranquilidad á mis estudios y meditaciones.

Desde luego que podia ver á mi familia dos ó tres veces por semana, generalmente con algun amigo que la acompañaba; desde luego que podia comunicarme en otras horas del dia con mis compañeros de cárcel,

la soledad lejos de ser un tormento segun se pensaba, era para mí una necesidad, pues en esas largas horas de recogimiento era cuando escribia mis sonetos y letrillas haciendo gran acopio para afrontar cualquiera emergencia.

Regularmente tenia dos ó tres números del periódico adelantados, sirviéndome las noticias que circulaban en Belem respecto de los progresos de la revolución, que eran á veces más importantes y más verídicas que las que se vendian al costo en las calles de Plateros y en el café de la Concordia. El único método que me probaba era escribir desde que oscurecia, que era cuando más descuidados estaban los vigilantes: en aquella cárcel solo una vez se me llegaron á recojer los útiles de escritorio que tenia acumulados. Por lo demás, siempre subsistian las órdenes de incomunicación estricta y de severa vigilancia, para que no se me dejase escribir.

Como el periódico seguia saliendo con el mismo estilo, los altos personajes se molestaban, y veces hubo en que el mismo Othon Perez, que era el odiado gobernador de esa época, se disfrazaba para hacer personalmente las pesquisas en la prision.

Cuando digo que el gobernador era odiado, me quedo corto, pues que pocos hombres públicos han sido tan verdaderamente execrados, hasta por los mismos suyos, como D. Joaquin Othon Perez.

¿En qué otra cosa pueden pensar los presos que más les halague que en recobrar su libertad? Nuestros proyectos de fuga eran casi diarios, y algunos llega-

ron á estar revestidos de cierta formalidad, con el auxilio, por fuera, del general Aureliano Rivera y de algunos otros de nuestros amigos.

A decir verdad, yo no me mezclaba en esos proyectos, y si les daba generalmente mi aprobación, era más bien por instinto que porque les concediera alguna importancia. Sabia que estábamos muy vigilados, y que solo con mucha astucia y mucha perseverancia podríamos evadirnos, corriendo el peligro de caer en alguna de las muchas celadas que se nos ponian.

Una de ellas fué la siguiente. Llegó al gobierno del Distrito, ó se fingió que habia llegado una denuncia de que la prision toda, acaudillada por nosotros, estaba preparándose para fugarse, de acuerdo con un sargento de la guardia llamado Fulano de Tal.

A eso de las once ó las doce de una de aquellas horribles noches, el gobernador y el inspector de la policía, disfrazados de soldados, se presentaron en la prision y tocaron á la puerta del calabozo de Maclovio Escalante. Este, que estaba sobre aviso, acudió luego y le dijeron que el que lo llamaba era un amigo del sargento.

—Eres tú positivamente?

—Sí, yo soy.

—Abreme pues.

—No tengo la llave.

—Hay alguno en el corredor?

—Nadie.

—Pues entónces voy á abrir yo.

Y con una facilidad que pasmó á aquellas autori-

dades, Escalante, sirviéndose de los toscos instrumentos que tenía, abrió en un santiamén la puerta de su calabozo.

—Ahora vamos á sacar á los otros presos, dijeron los fingidos soldados.

—Vamos, dijo éste, engañado por los trajes, por la fingida voz, por la oscuridad, y más que todo por el deseo de fugarse.

Tocaron en mi puerta, y aunque habia percibido el ruido, no contesté. Sabia bien que nadie podia tocar á aquellas horas más que los carceleros, que éstos tenían las llaves y no necesitaban anunciarse.

—Ese no está de acuerdo, les dijo Escalante.

—Pues vamos á ver á Tellez Giron.

Por supuesto que cuando andaban allí aquellos funcionarios, ya habian tenido la precaucion de rodear de tropas el edificio y de gentes de la policía todos los pasillos.

Tellez Giron y García Miravete cayeron en el garlito, pues no solamente contestaron, sino que descubrieron algo del plan en que realmente estaban comprometidos.

Los cerrojos cedieron, el gobernador se dió á reconocer, entró la tropa de caballería al patio de la cárcel y Tellez Giron fué llevado entre filas, segun decian sus compañeros y lo creía él mismo, para ser pasado por las armas.

Tuvo una larga conferencia con Othon Perez y logró volver á su calabozo sano y salvo.

Las víctimas de estas diversas evoluciones en que

se nos quiso envolver á varios presos políticos, fueron algunos coroneles foráneos, á quienes se envió á Cuernavaca, para que el gobernador Leiva les aplicara la ley fuga. De estos infelices fueron á morir allí cuatro ó cinco.

Enfadados con tantas molestias y con aquella prision indefinida, entraron una mañana en grupo á mi calabozo, los supuestos reos políticos, y llevando la voz el coronel Camacho Delgado, me expuso la necesidad de que hiciéramos algo en nuestra propia defensa, una vez que nuestras garantías individuales estaban siendo violadas sin misericordia, abusando el gobierno del derecho del más fuerte. Entónces acordamos lanzar un manifiesto intitulado: "Los presos políticos ante el tribunal de la opinion pública," del que mandamos imprimir una gran cantidad de ejemplares, haciendo que nuestros amigos los fijaran en un dia dado en todos los sitios públicos.

El estilo del manifiesto era sangriento, como que en él vaciamos toda la bilis que teniamos recogida en el cuerpo durante un mes, y durante dos meses yo, de aquella injustificada prision, asesorada de un rigor inusitado.

Como en el calabozo número 2 se habia amasado aquel pastel, á aquel punto se dirigieron todas las iras de la administracion.

Serian las ocho de la noche, cuando el alcaide, que tenia entrañas de gente, se acercó á mí y me dijo conmovido:

—Prepárese vd., porque en la mañana van á sacarlo.

—Para dónde?

—Para Acapulco, pasando por Cuernavaca.

Esto queria decir simplemente que se me despachaba á la eternidad.



CAPÍTULO XLI.

ACUSACION FRUSTRADA.

La bondad del alcaide no se limitó á darme el aviso, sino á felicitarme los medios de ponerme en comunicacion con mi familia, que pudo dedicarse con toda actividad á mover resortes para impedir aquel atentado.

La sociedad Gorostiza, presidida por el gran literato, noble amigo y desinteresado campeon de la democracia Ignacio Altamirano, celebraba sesion aquella noche y en ella se estaba dando lectura á una comedia mia. Esta rara coincidencia contribuyó más á que la sociedad en cuerpo decidiera tomar mi defensa, trasladándose á mi casa para ponerse á la disposicion de mi familia. Otras muchas personas, las unas influyentes por su caudal y las otras por su posicion, se empeñaron con el Presidente, con el gobernador y con los hombres mas prominentes de la situacion, en que se revocara la inicua orden de confinamiento, tras de la cual se veia destacarse con toda claridad la de muerte,